



Lucio V. Mansilla

Los animales desconocidos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Los animales desconocidos

Al señor don Juan A. Piaggio

*...C'est cette espérance de la vérité
constamment déçue, constamment
renaissante, qui soutient et soutiendra
toujours les générations successives
dans leur ardeur passionnée à étudier
les phénomènes de la nature.*
CLAUDE BERNARD

*Evolution is the theory which renders the
development of organic life intelligible, and
evolution from the moral point of view is
antagonism.*
The morality of nations

Tres ingenios se reunieron en donde ustedes quieran; en Europa, o en América, propalando que iban a escribir una comedia, y empezaron así:

“La más famosa comedia escrita por tres ingenios.”

-¿A ver qué has puesto? – preguntó uno de ellos. El otro leyó; y después de haber leído, el tercer ingenio hizo la misma pregunta, recibiendo igual contestación; y ahí se quedaron, de ahí no pasaron, y cuando les pedían noticias de la anunciada pieza, se excusaban con que habían sido interrumpidos.

Pues eso, exactamente eso, pasóme ayer a mí. Acababa de dictar lo que se lee en el membrete, me proponía referir sencillamente un hecho que me constaba, para que de él dedujeran los sabios lo que quisieran, cuando esta mañana tomo un diario y leo que el doctor Jousset acaba de escribir un libro, que es un estudio de antropología, refutando las teorías evolucionistas y transformistas, cuyos grandes representantes son Carlos Darwin y Herbert Spencer, libro o estudio que dice que la ciencia moderna es anticristiana, y que la intolerancia que le achaca a la iglesia católica ha convertido en su ley suprema.

No me gusta meterme con la Santa Madre Iglesia, o como dijo el otro, “ni quito, ni pongo reyes”; que disputen entonces los fanáticos de ambas sectas o bandos.

Voy, pues, a limitarme al modestísimo, facilísimo y sencillísimo papel de narrador verídico de un hecho acaecido en la provincia de La Rioja, que, a Dios gracias, hace su evolución transformista, social y política, bajo los auspicios del distinguido escritor Joaquín V. González, representante genuino y simpático de la nueva generación.

Pero como nunca entro en materia en silencio, sin decir “agua va”, desde que la literatura tiene también sus reglas de cortesía, como la buena crianza, que manda no entrar con el sombrero puesto donde otros están descubiertos, no abrir una puerta que está cerrada

sin llamar, y, sobre todo, no ponerse uno a contar un cuento sin el permiso de aquél a quien se le va a espetar, para no tomarle un tiempo precioso que es lo que quizá me sucede ahora a mí con ustedes, voy a empezar, si es que ya no he empezado, diciéndoles por las dudas y para descargar mi conciencia:

¿Me permiten ustedes continuar?

Ya oigo el consabido cortés “¿cómo no?”, y aprovechándome de él, resueltamente afirmo: que hay muchos que hablan y escriben de evolución y transformismo, sin saber a derechas lo que eso quiere decir. Y no lo excluyo ni al mismo doctor Jousset, bien entendido, si es que él ha escrito al pie de la letra, lo que reza del *compte rendu* del diario a que me he referido más arriba; si el doctor Jousset, lo repito, ha escrito todo lo que al extractarlo, para dar a conocer su tesis, se afirma que ha escrito.

Ya oigo también la crítica de “al grano”. Pero, ¿qué quieren ustedes?, los rodeos han sido inevitables para que yo pueda hacerme entender, o mejor dicho, para que fácilmente se comprenda cuál puede ser el objeto único y exclusivo que me propongo al divulgar este cuento, que es un caso histórico, comprobado, mucho más comprobado que la existencia del Paraíso Terrenal y las jugarretas de Adán y Eva, “por los oteros floridos del Edén o por los llanos”, sin armas ofensivas, ni defensivas, llenos de inocencia, de pureza y de candor, hasta que diz que el diablo, que en todo se ha de meter, se presentó y les dijo: ¡Qué niños tan infelices, que en vez de andar comiendo la yerba como animales, no comen la fruta más rica que ha inventado tata Dios!

¡Malhaya el diablo! Yo no lo puedo ver ni pintado. Ha de ser, por lo mucho que con él me asustaron cuando era chiquito. ¡Ah!, y cuánto he deseado algunas veces que alguien lo matara, a ver si el mundo entraba en juicio y juicio, y con su sangre nos redimíamos del pecado original.

Sigamos.

Muchos hacen una confusión creyendo que designan la misma cosa, cuando dicen: darwinismo y evolución. No es así. Hay que distinguir entre las doctrinas de las descendencias con modificación, y de la selección natural. Me explicaré: ambas cosas están separadas completamente y son separables, aun encerrándose en los límites tan reducidos de la biología pura. O en otros términos, el darwinismo no es más que una rama de la evolución orgánica. La teoría, como dice uno de los mismos admiradores de Darwin, considerada en su conjunto, le debe mucho a este profundo y concienzudo observador; pero no le debe todo. Había ya biólogos evolucionistas antes que apareciera el *Origen de las Especies*; y actualmente, biólogos evolucionistas de nota se niegan a admitir la verdad del gran descubrimiento de Darwin y se atienen firmemente a la fe primitiva, tal como fue expuesta por Erasmo Darwin (que no hay que confundir con Carlos), Lamarck o Roberto Chambers.

Quizá tienen razón, porque Carlos Darwin era un hombre de buena fe, a tal punto que, al lado de momentos de gran entusiasmo, tenía horas de profundo desaliento; y como dice otro de sus admiradores, lo que lo perturba es la doctrina de las causas finales; el pensamiento de un designio oculto en todas las cosas visibles; él no ve claramente que la existencia de lo que se llama las leyes naturales implica un fin; más aún, como él mismo lo dice en alguna parte:

Una duda horrible se alza algunas veces en mi espíritu respecto de las convicciones que puede hacerse al espíritu humano; yo me pregunto si nuestra inteligencia, que procede por desarrollo, tiene bastante valor para medirse con tan grandes cuestiones.

Por manera que yo digo aquí, que Darwin, visto al través de estos matices, de estas excitaciones, propias de sus hábitos de discusión, se muestra a nuestros ojos un espíritu muy diferente del que han pintado sus discípulos, terminantes y dogmáticos, los cuales han querido hallar en el origen de las especies armas para el materialismo más absoluto, error en que a su vez cae el doctor Jousset, que es el que tiene la culpa de esta malhadada digresión.

¿Quieren ustedes perdonármela?

Y, antes de proseguir, establezco, sin pronunciarme decididamente por ninguna escuela, ni doctrina, ni teoría, porque la experiencia me enseña, a cada paso, lo limitado de nuestros conocimientos: que en la teoría darwiniana todas las modificaciones de la especie tienen por punto de partida una variedad, un carácter nuevo; ¿de dónde viene ese carácter nuevo?

Darwin, hablando de esas variedades, se sirve de la palabra *espontáneo*.

Esto no es más que un modo de decir: yo no conozco el origen.

¿Me hacen ustedes el gusto de meterse eso en la cabeza?

En cuanto a la idea de la causalidad, ella no mortificó nunca su espíritu, desde que jamás consideró la creación continua, como una creación sin razón y sin causa.

Y el doctor Jousset, que en nombre del catolicismo califica a la ciencia moderna de impía, no ha de haber leído sin duda, siendo como parece un hombre sincero, en la *Autobiografía* de Darwin, en lo que llamaremos sus confidencias espirituales, esta exclamación suya: “El misterio de los comienzos de toda cosa es insoluble para nosotros...”
Todavía agrega:

La dificultad es extrema, es casi una imposibilidad, cuando se trata de concebir ese inmenso y sorprendente universo, inclusive el hombre, con su facultad de mirar tan lejos en el pasado y tan lejos en el porvenir, como el resultado de una causalidad ciega o de la necesidad. Cuando reflexiono en ello, me siento obligado a considerar una causa primera, teniendo una inteligencia análoga, en cierto modo a la del hombre; y merezco el nombre de deísta.

Finalmente y para resumir, so pena de extenderme más de lo que quiero, todo bien examinado, las conclusiones a que Darwin llega son sintetizadas: que los primeros antepasados del hombre han debido ser animales más o menos parecidos al mono, pertenecientes al gran grupo *antropoideo*, y aliados a los antepasados del orangután, del chimpancé y del gorila. Debían estar cubiertos de pelo y tener barba los dos sexos. Sus orejas, probablemente, serían puntiagudas y movibles y tendrían una cola también movible. Sus pies estarían dotados de una gran dedo gordo del que se servirían más o menos como de un pulgar, y que les permitiría agarrar las ramas de los árboles. Sus costumbres serían probablemente las de los animales trepadores, comedores de frutas por elección, y debían habitar alguna comarca cálida, cubierta de bosques.

Darwin no niega, ¿y quién puede negarlo?, la acción del medio físico, la influencia de ese medio sobre los caracteres y sobre el desarrollo de las plantas y de los animales, pero no le da *al ambiente* una importancia superior al medio orgánico.

Y es por esto que las emigraciones de una latitud a otra, de un clima a otro clima, no le parecen sino causas secundarias. El pone siempre la fuerza modificadora o creadora

principal en los fenómenos mismos de la vida. Darwin no da un paso en su jardín, sin ver bregando las fuerzas que limitan las especies.

Yo, habiendo dicho un poco más arriba que no pertenezco por ahora a ninguna escuela, al menos no estoy con ganas de manifestarlo en esta ocasión, le doy sin embargo una importancia tan grande al medio ambiente, al *entourage*, que cuando estuve entre los indios, teniendo que hacer como ellos, por aquello de que “el que entre lobos anda a aullar aprende”, o se lo comen los lobos, llegué a persuadirme de que color y olor, formas y modos, lo interior y lo exterior, se modifican sensiblemente y en menos tiempo de lo que uno puede imaginarse, por los alimentos, la vida que se lleva, los ejemplos que se tienen, las ideas que hay que profesar.

Mi secretario me dice: ¡alto ahí!; ¿cómo es eso de las ideas que hay que profesar?

¡Voto al chápuro, y qué hombre tan importuno e indiscreto!

¡Pues no va a obligarme a hacer una profesión de fe filosófica!

Los ingleses dicen: si hay que cortarse un dedo, lo mejor es cortárselo cuanto antes.

Con que así, vamos a ello.

-¿Qué moral tiene usted? – me preguntaba el otro día en el balcón de Benito Villanueva, un joven, tan interesante como sus otros compañeros, el doctor Alejandro Acevedo, el doctor Lucas Ayarragaray, el doctor Osvaldo Piñero, don Marcos Avellaneda y el doctor Julián del Campo, con los que charlábamos esperando que pasara una manifestación, que se desahogaba *intertanto* por las válvulas de la elocuencia inflamatoria...entre flores.

-¿Qué moral tengo yo?

-Sí, señor.

-Hombre, ninguna.

El joven me miró con cierto asombro, y yo me apresuré a tranquilizarlo y hablé poco más o menos de esta manera:

Si hubiera una moral científica, universalmente aceptada, tendría esa moral. Pero no la hay, ésas son las tendencias generales de la filosofía moderna.

Las tendencias racionalistas a eso se dirigen en todas partes, hacia la unidad, o mejor dicho, hacia la armonía. Yo no me hago, sin embargo, ilusiones.

Nuestras sociedades civilizadas no son perfectas, ni han llegado al último término de la civilización, ni llegarán. El progreso es indefinido y evolucionista.

La moral cristiana me gusta más que la de Mahoma; y prefiero un Dios que algo me pida, que algo me exija, que algo espere de mí, a un Dios extraño a mis acciones, extraño a mi misma fe, que se reduzca a una vana abstracción, como el dios de Epicuro o de Spinoza. De modo que, hablando en verdad, lo que yo tengo son reglas de conducta que consisten en practicar siempre, y en cuanto es humanamente posible, los mandamientos de la ley de Dios.

Así, entre gente civilizada como nosotros, mis reglas de conducta son cristianas.

En el interior de la India y en la costa de África procedía, como lo hubiera hecho cualquier hombre cuerdo, que no quisiera exponer su pellejo.

Y aquí, casi en nuestra propia casa, cuando estaba entre los bárbaros, ya les conté a ustedes, en mi *Excursión a los indios ranqueles*, lo que hacía. Si no salgo, y me tengo que quedar con ellos, habría tenido que optar entre asimilarme e identificarme, aceptando sus usos y costumbres, sin cortapisas, o ser sacrificado, por más lindo mozo que las chinas me encontraran, lo que no dejaba de tener sus inconvenientes en presencia de los mandamientos de la ley de Dios.

Pero sea de esto lo que fuere, al fin y al cabo van ustedes a llegar donde sin duda alguna lo deseaban, hartos de digresiones. Se lo deben a mi secretario que acaba de insinuarme que no vaya a dejar en blanco a los animales desconocidos.

Allá voy – que era la frase táctica de Rufino de Elizalde, en el Parlamento, cuando lo apuraban llamándolo a la cuestión.

Es el caso que la provincia de La Rioja, habiendo sido el teatro más clásico del caudillaje, está llena de leyendas, que no son tales, sino verdaderas historias, por más que las quiera rechazar el sentimiento de tristeza o de horror que tales relatos infunden.

Parece, ¡qué digo!, sucedió que en una de esas tragedias de la guerra civil, por pasión política o por odio, quizá por pura perversidad – hay tiempos así, vienen como las pestes -, que una montonera pasó por la estancia *Los colorados*, que está entre montañas.

Y pasó devastando, arrasando, quemando, matando, hasta no dejar, por decirlo así, más vestigios que los de la sangre en las rocas, a la manera de esos jeroglíficos quichuas que todavía se ven hasta en los últimos dobleces de la sierra de Córdoba, como que hasta por ahí alcanzaron sus emigraciones belicosas.

La comarca quedó desierta; los animales huyeron al bosque; hasta las aves carniceras, después de devorar las últimas heces, volvieron, para no regresar, a las cavernas inaccesibles de la cordillera.

Debía reinar un silencio prístino y los caminantes debían apartarse instintivamente de aquel teatro de tanto horror.

Nadie se había salvado; y el salvajismo había sido tan grande que los mismos bandidos de la demencia política, de la pasión, o del crimen, no querían ni recordarlo.

Corrieron los años. Cambiaron algo los tiempos. La vida y la propiedad volvieron a empezar a ser un derecho y todo aquél que tenía un pedazo de tierra en que refugiarse, lo buscaba por el rastro cuyos indicantes eran: la devastación.

El señor don Timoteo Gordillo volvió a su estancia, a la de sus padres, y a costa de muchos esfuerzos y sacrificios consiguió reorganizar en parte su heredad.

Un día, dijéronle que en la costa del arroyo habían descubierto unos rastros muy extraños, de animal de cuatro patas, insistiendo los peones en “vaya a ver, patrón”.

El señor Gordillo fue y vio, y ver y pensar en el acto, aunque en La Rioja no hubiera de eso, él había viajado y visto; pensó, decía: ¡éstos, son monos, qué cosa tan rara! Y como era observador se preocupó y dio sus órdenes, después de examinar los alrededores, y de haber visto la dirección en que iban y venían los rastros.

Sus órdenes consistieron en que trataran de agarrar los animales, ofreciendo una buena gratificación.

Los días pasaban. Los animales no iban a la aguada, se habían perdido. A poco andar, volvieron a descubrirse los rastros, en otra parte del arroyo. Se apostaron allí. Los animales volvieron a desaparecer. Se hicieron otras varias tentativas, porque los rastros cambiaban de lugar, y se comprendió que la gente ahuyentaba los animales ésos. Pero la aguada tenía poca extensión, y como dejaron de venir de día, los esperaron en la noche; en efecto, y como lo habían calculado, cayeron a la aguada con las tinieblas. Eran dos, como los rastros lo indicaban. Pudieron verlos perceptiblemente; tenían cuatro patas y el pelo oscuro. Se les hizo una persecución inútil, desapareciendo entre las malezas y ocultándose en el monte. Una parte del problema estaba resuelto. Había que continuar la pesquisa de día y de noche, o que darles una batida. Lo primero tenía el inconveniente de ahuyentarlos, apurados por la sed; lo segundo era más difícil, pero más seguro. Fue lo que hicieron, dándoles caza y tomándolos

intactos, porque los animales no hacía más que huir horrorizados, ocultándose en la espesura, trepando a los árboles más altos y pasando de la copa de uno a la copa del otro, para descender prontamente y escapar a la persecución.

Fueron tomados y llevados a las casas.

Andaban en cuatro patas. Tenían largas uñas, pelo color ratón, en el cuerpo; larga melena en la cabeza, como la del león; la boca guarnecida de dos filas de dientes casi descubiertos, hasta la raíz; anchos labios, la nariz chata, los ojos colorados y saltones como escapándose de sus órbitas, con la expresión del pavor en los ojos humanos; orejas como las nuestras; en resumen, un aspecto horroroso, que no infundía temor, sino tristeza... Eran dos hombres, y no hablaban ninguna lengua; apenas daban algunos aullidos entendiéndose entre sí por señas.

Costó mucho tranquilizarlos, hacerles comprender que no corrían peligro alguno, y se observó que el más tímido era el más grande, deduciendo de ahí el señor Gordillo que la impresión de éste debió ser más fuerte, cuando la montonera pasó a cuchillo a todo estante y habitante de la estancia, salvándose milagrosamente dos criaturas que, aterradas, huyeron al monte, teniendo una de ellas, eso se deducía de las averiguaciones, como tres años y la otra como cinco, criaturas que eran, que no podían ser otras, los dos animales que ustedes han visto imperfectamente descritos por mí; pero que debían parecerse mucho a los primeros antepasados del hombre, tal como Darwin los describe.

De manera que hay transformismo y evolución, ascendente y descendente; progreso y decadencia; y que no tenemos por qué averganozarnos tanto de derivar de algún animal muy parecido al mono, siendo así que ya se ha visto en La Rioja hombres convertidos en brutos, menos inteligentes que éstos.

Yo he pensado alguna vez con horror en lo que habría podido ser el fruto carnal de aquellos dos seres degradados, si en vez de ser machos hubieran sido hembra y varón.

Los infelices, sacados de su medio ambiente, sometidos a otro régimen, teniendo que comer otros alimentos, que repugnaban, siendo herbívoros, no pudieron sobrevivir mucho tiempo a aquel cambio, se entristecieron, perdieron todo apetito, se debilitaron, les vino una fiebre devoradora, y murieron sin articular una palabra, casi al mismo tiempo, de una enfermedad que no podía ser sino tisis galopante.¹

Carlos Darwin, el famoso naturalista, autor del *Origen de las Especies*, recibía, en los momentos de morir, una carta mía, en la que detalladamente y como una confirmación de la teoría evolucionista en el sentido del progreso y viceversa, yo le refería todo esto, desde Roma, para que la agregara a la inmensa serie de sus documentos de observación.

Conque así, señores míos, ya saben ustedes lo que tienen que hacer el día que quieran transformarse, haciendo una evolución al revés, que lo que es para su perfeccionamiento físico y moral, yo no tengo receta, limitándome a decirles, que siendo siempre envidiable un *mens sana in corpore sano*, les deseo a ustedes salud y alegría y la mayor suma posible de paciencia e indulgencia con los que en este siglo del vapor y de la electricidad, son corsarios de su dinero, que es su tiempo.

Pardon, s'il vous plait.

¹ Algunos dicen que en esta parte la leyenda histórica no es exacta; que los *animales* se transformaron completamente en el nuevo *ambiente*, que vivieron mucho tiempo, haciendo hasta hijos.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

